

HOJAS DE PAPALGUINDA

Por Antonio PEREIRA

SALVO que uno lo haya aprendido mal, la figura máxima de un Ministerio es el ministro, pero ya en seguida viene el subsecretario. Por esto me choca escuchar, al aire de la zarabanda política de este junio orgánico, que hay direcciones y despachos tan estimados como una subsecretaría, y puede que más.

Un amigo atento a estos avatares, me presta una teoría sociológica. Más o menos así: Se trata de que todos vivimos hechizados, encerrados, aunque no siempre nos demos cuenta, en el círculo mágico de las palabras. Cuando preferimos un "hostal" dudoso a una "fonda" garantizada, en el subconsciente puede haber un papel timbrado de escribir cartas a familiares y amigos, y no digamos a la novia. Acaso más por cambiar el rótulo que las estructuras, el "hospicio" ascendió a "maternidad" y el "asilo" a "residencia". Dramática peripecia era caer uno enfermo como para ingresar en el "hospital", mientras hacerlo en una "clínica" suavizaba los perfiles. (Se advierte un incipiente retorno, a saber si por apetencia de la poderosa medicina hospitalaria o porque los presidentes americanos, los reyes árabes y los magnates de todo el mundo se meten en un hospital por un quítame allá esas amígdalas).

Y si así acontece con las cosas de nuestro contorno ¿qué no será con la titulación que nos afecta a nosotros mismos?

Conozco algún vendedor que transita los caminos de España -las rutas, como se dice en el comercio- y no lo haría, por más comisiones y dietas que le ofreciesen, de no ser las tarjetas que le presentan como inspector o delegado. El portero, quiere empleado de fincas urbanas. El perito, lo de ingeniero técnico. Y docenas, cientos de ejemplos donde escoger. (Habas, éstas, que en todas partes se cuecen, y así a un amigo francés -persona discreta-, jamás le pude arrancar su condición de maestro primario; él decía siempre que "de la enseñanza").

Es, en resumen, que lo mismo que el hábito hace al monje, el nombre puede hacer al cargo.

Por esto no me parece inverosímil este diálogo en ciertas alturas:

- Enhorabuena, chica; creo que tu marido está entre los probables

subsecretarios.

- Bah..., si los llamasen como en otras partes, viceministros...

Alrededor de la feria madrileña del libro salió la nueva y esperada novela de Elena Quiroga, "Presente profundo". Comentarla aquí, proponer algún dato o indicio sobre la obra, sería demostrar un celo por la actualidad literaria, estar al día, informar pronto y bien.

Sería mentir. Porque mi condición de lector tenaz -esto sí es cierto- se nutre más bien de atrasos. Es lástima en una tertulia, donde uno pierde la ocasión de lucir, pero presta en cambio la serenidad de no correr con la lengua afuera tras los ríos de papel impreso que fluyen de los editores.

Acontece, pues, que cuando acaba de salir "Presente profundo", ando yo en compañía -en amor y compañía- de "Plácida, la joven", que lleva ya unos años de aventura airosa por las librerías, también bajo el nombre de Elena, casi leonesa escritora. (Por la proximidad geográfica de sus lares, por mujer de Dalmiro de la Válgoma).

Me gusta "Plácida, la joven". Dentro de lo insatisfactorio de las clasificaciones, digamos una novela social. Pero lo que en ella me cautiva es que cuenta no sólo la precaria condición de una humilde gallega maltratada, sino también, paralela o entrecruzadamente, el proceso de toma de conciencia de la propia autora sobre la infeliz criatura. Como esas novelas que cuentan la novela que es escribir una novela.

Honesta, sinceramente. Elena Quiroga se examina a sí misma, se reprocha, se acusa, y en su examen y reproche y acusación- como ocurre en las verdaderas grandes obras- somos muchos los que nos contemplamos.

Luego, de pronto, ¿y quién no lo perdonará?, manda la aristocracia de lo estético, y el carro de bueyes es un oboe sonando sobre los trombones del mar.

LOS tambores. Debe de ser la culpa, no la culpa, el mérito de los tambores. La gente anda enredando de acá para allá en la explanada o atrio del Ayuntamiento, se distrae, saca su sorna, acaso, cuando tímidamente aparecen bajo los arcos consistoriales los primeros indicios del cortejo más o menos romántico. Entonces, de repente, a una señal vigorosa, truenan el parche los primeros andares de la marcha de la ciudad. Mínimo sobresalto, pausa vista y no vista. Los reflejos se desencadenan, responden a la percusión incitante como habrá pasado un día en Covadonga, como cuando Almanzor y la francesada, como en la jura del domingo último: que los soldados partirían de Papalaguinda al ataque sin mirar atrás, que los padres y los hermanos se emocionaban sin sentir el sol inclemente.

La gente que esperaba, escéptica y tibia, en la explanada o atrio del Ayuntamiento, toma conciencia de ciudad. Marcha unánime, enardecida, leonesa. Su entusiasmo se apodera de las estrofas de Pinto Maestro, música del maestro Odón, y ay de quien se atreviera, aquí, a contradecir el solidario orgullo de que sin León no hubiera España; ni leyes, en Casilla, antes que nosotros reyes; ¡viva León!

Poeta habrá -¡oh, infelice!- que atribuya el calor insólito de un pueblo habitualmente frío a la expectativa de sus versos. Se equivoca también quien lo piense por las sopas de ajo municipales y espesas. Son los tambores. Calle Ancha arriba, la ciudad sigue a su alcalde, crecido como una insignia. Ahora podría decirnos ¡A por Valladolid!, y rescataríamos algunas cosas que se nos fueron para el Pisuerga. Ahora nos pediría palabra de no arrojar un papel al suelo, de cruzar por los pasos de peatones, de no sacudir alfombra, y la promesa resonaría en la Candamia...

Luego, mañana, será otro cantar, porque de siempre hemos sido buenos para el 2 de mayo, algo peores para el día siguiente. De todos modos, si yo fuera alcalde de León fomentaría mucho estas maneras. Ciudad que marca el paso unida -paráfrasis del Padre Peyton- permanece unida. Aunque sólo sea por una noche.